

Virreinato de la Nueva Granada, se enorgullecen justamente, más que del oro de sus minas, del tesoro de sus numerosos templos y santuarios donde se venera á la Sacratísima Virgen María. ¿Cómo no enorgullecerse con la insigne basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá, emplazada en el centro de la República para servir de casa de refugio á todos los afligidos colombianos que allí van á buscarlo diariamente en todas sus necesidades? Con verdad pueden aplicarse á Colombia, no menos dichosa que la nación mejicana, aquellas palabras del Salmista: *Non fecit taliter omni nationi*¹. Paso en silencio los conocidos y venerados santuarios de Nuestra Señora de las Lajas, en la provincia de Pasto, de la Pobreza, en Cartago, de la Popa, en Cartagena, y tantos otros, para no detenerme más que en esta ciudad de Bogotá en donde, fuera de las milagrosas imágenes de Nuestra Señora del Topo, de la Peña, del Campo, de las Augustias y otras muchas, es incomparable la devoción de los fieles á las dulces advocaciones del Socorro, de la Merced, del Consuelo, de la Salud, del Carmen. Después de todo, ¿no fué á Nuestra Señora de las Nieves á quien, antes que á otra alguna, se le erigió templo en Bogotá? Y ¿será justo que echemos en olvido esta gloria singular?

13. ¡Oh! no lo permita Dios, amados fieles, y menos que descuidéis vosotros, feligreses de este barrio, el culto y la devoción á vuestra gloriosísima Patrona. Seguro estoy de que guardáis entre las bellas tradiciones de vuestros antepasados la memoria de no pocos ni vulgares beneficios impetrados por la invocación de Nuestra Señora de las Nieves, sin hacer cuenta de los

¹ Ps. 147, 20

mil y mil favores particulares que habéis alcanzado vosotros mismos al pie de su santo altar. No han de ser menos afortunados los tiempos presentes que los que ya pasaron. Ni habrán de ser menos favorecidos los que vengan á sucederos en el culto de María, como sepáis infundirles vuestros sentimientos de acendrada fe, piedad y religión. ¡Que no miren ellos con desprecio lo que miráis vosotros con respeto! ¡que aprendan de vosotros á honrar á María Santísima, la amorosísima Señora que presidió á la formación de este barrio, que vió postrados ante su santa imagen tantas y tan respetables generaciones, que hoy mismo, desde ese augusto trono donde descuella con el divino niño al brazo, bendice vuestras casas y familias, sonríe á vuestros progresos materiales y morales, y os desea, en fin, como madre benignísima, prosperidad temporal y bienaventuranza eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

(predicado el día de la Asunción de María, en Bogotá, 1887).

Poder y bondad de María glorificada en el cielo.

In omni gente et in omni populo primatum
habui. Eccli. 24, 9.

1. Extraño parecerá á primera vista, amados hermanos en Jesucristo, que se ocupe la piedad cristiana en festejar solemnemente á la Virgen Santísima bajo

el título de Nuestra Señora del Socorro en un día, en que los hijos de la Iglesia católica, mirando al cielo, como los apóstoles después de la Ascensión del Señor, no saben apartar sus ojos del espectáculo magnífico que les ofrece la gloriosa Asunción de María en cuerpo y alma á las alturas del empíreo. ¡Ah! si el gozo que experimenta nuestro corazón en este día y á que la Iglesia nos convida con aquel alegre introito: *Gaudeamus omnes in Domino*, fuera bastante para enjugar todas las lágrimas de nuestro destierro y acallar todos los ayes de nuestros dolores, entonces, como transportados al cielo y olvidados de todo lo terreno, no tendríamos necesidad de implorar socorro, ni podríamos hacer otra cosa más que cantar á boca llena las alabanzas de Dios y de María, *de cuius Assumptione gaudent angeli et collaudant Filium Dei*. ¡Felices aquellos moradores de la patria, cuyas voces pueden mezclarse y confundirse con las de los ángeles, formando acordes melodiosos de puro regocijo sin nota alguna de pesar! No así los desterrados hijos de Eva que, aun en medio de nuestras santas alegrías, no acabamos de llorar y suspirar invocando á la Madre de misericordia en este valle de lágrimas. Elévese, pues, enhorabuena, desde el hondo valle de nuestras miserias la voz del desgraciado mortal, mezcla de gozo y de tristeza, hasta el trono de la Virgen glorificada y coronada en los cielos; suba, que no se lo improbará la Iglesia, ni menos se lo estorbará la Reina misericordiosa, la cual, en pleno triunfo y rodeada de aplausos celestiales, no desoye las plegarias de sus hijos desterrados que sólo saben aclamarla implorando su socorro.

2. Y ¿cómo desoiras aquella bienaventurada criatura que, cuanto más cercana á Dios y más inundada de la gloria de la divinidad, tanto más se goza y se gloria de favorecer y socorrer á los huérfanos que van peregrinando por la tierra? *No os dejó en la orfandad*¹, puede decirnos María, como Jesús á sus discípulos: «Yo miraré por vuestra suerte como cariñosa madre, yo os asistiré con mi poderoso auxilio; y de este modo estaré siempre con vosotros, aun cuando me vea sublimada á la diestra de mi Hijo en los reinos celestiales.» Y María ha comprobado la verdad de sus promesas con innumerables hechos que han autorizado á la Iglesia para atribuirle el glorioso renombre de Nuestra Señora del Socorro. Y es natural que así fuera, porque, glorificada la excelsa Virgen en el cielo, su poder y su bondad, tan grandes aun cuando peregrinaba por la tierra, han subido de punto por efecto de la misma bienaventuranza en que se anega; y ese poder y esa bondad de que está revestida María Santísima, son precisamente los fundamentos firmísimos de nuestra confianza en su socorro. El hombre que conoce la economía admirable de la Providencia, no puede menos de reconocer esta verdad; y animado de fe y esperanza redobla sus clamores en todas las tribulaciones de la vida. Para alentar más vuestra piedad, amados fieles, voy á manifestaros brevemente que el poder y la bondad son prerrogativas de María consiguientes á su gloria esencial y accidental. Y, ya que en este día de su glorificación ha sido María consumada en gracia, como dice Santo Tomás, con la perfecta fruición del Bien Sumo, im-

¹ Io. 14, 18.

ploremos por su medio la gracia del Espíritu Santo, diciéndola con el Ángel: *Ave María*.

I.

3. ¿Nos atreveremos, hermanos carísimos, á sondear el abismo inapeable de la gloria esencial y substancial de que goza la bienaventurada Virgen en el cielo? ¿Será eso posible á nuestra débil y menguada inteligencia? ¿No sería mejor exclamar con el gran San Crisóstomo: «Hasta cuándo empeñarme en alcanzar lo incomprendible»¹? En efecto, la visión de Dios en que consiste, según todos los teólogos, la bienaventuranza esencial de los santos en el cielo², es un bien inefable, incomprendible, infinito³. Aunque tuviésemos cien lenguas y cien bocas, no podríamos jamás explicar con palabras la felicidad que encierra la bienaventuranza. Santa Gertrudis, la célebre virgen tan favorecida de Jesús con ilustraciones sobrenaturales, no dudaba afirmar que ni las lenguas de todos los ángeles juntos, después de todos los esfuerzos posibles, bastarían á formar una sola palabra capaz de darnos alguna idea de la bienaventuranza celestial⁴. Eso no obstante, y á pesar de las tinieblas en que navega nuestro entendimiento encerrado en el vaso de la carne, tomemos por base de nuestro razonamiento la palabra del mismo Dios revelada en veinte páginas de la Sagrada Escritura, y, como declaración de ella, las infalibles enseñanzas de la Iglesia; y apoyados en este firme terreno podremos rastrear algo, para nuestra edificación, de

¹ Hom. 6 in cap. 4 ad Hebr.

² S. August., De Trinit. lib. 1, apud Drexel.

³ Drexel, El cielo lib. II, cap. 14. ⁴ Ibid.

la gloria esencial de la Virgen Santísima, así como de todos los bienaventurados de quienes es dignísima Señora.

4. El concilio ecuménico de Florencia definió que los justos en el cielo ven claramente á Dios como es en sí, uno en esencia y trino en personas. Y, al dar esta definición no hizo más que formular la doctrina enseñada por el Espíritu Santo en el Nuevo y el Viejo Testamento. *Actualmente*, dice San Pablo, *vemos á Dios á través de un espejo y de una manera obscura, enigmática; pero entonces lo veremos cara á cara. Ahora le conozco imperfectamente; pero entonces le conoceré como yo mismo soy conocido de Él*¹; veré á Dios sin ningún velo, al descubierto, y en él hallaré toda la luz. San Juan escribe en su Apocalipsis que en aquella gran ciudad de Dios, sus siervos verán su rostro, y Dios mismo les prestará su luz, y reinarán por siglos de siglos². También David había dicho: *En tu luz, Señor, veremos la luz*³. Para ver á Dios, como es en sí, es necesario, hermanos míos, recibir, á la entrada de la gloria, una potencia sobrenatural de visión, una fuerza superior á todos los alcances de la humana inteligencia; y esa fuerza no será otra cosa que un rayo de la luz increada con que Dios se ve á sí mismo, rayo que los teólogos designan con el nombre de *lumbre de la gloria*⁴. Así se concibe como el alma del bienaventurado quedará divinizada en el punto mismo en que es admitida á la contemplación clara de Dios. ¡Qué océano de luz aquel de la visión beatífica! Pues,

¹ 1 Cor. 13, 12. ² Apoc. 22, 3—5.

³ Ps. 35, 10.

⁴ D'Hauterive, Gr. Catéchisme t. IV.

¿cuál será la luz con que resplandece María, la Reina de los santos, la primera en la bienaventuranza? Porque si, como dice el Apóstol, *una es la claridad del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas*¹; siendo María no sólo estrella fulgidísima, sino luna hermosa y aún sol brillante y escogido: *Electa ut sol*², ¿cuál no será su brillo, cuál la claridad de su visión y la grandeza de su gloria substancial? En efecto, hermanos muy amados, la gloria de María, proporcional á la plenitud de su gracia, iguala y aun excede á la de todos los ángeles y santos juntos, según la común opinión de los santos y doctores³. La misma Iglesia así lo enseña cuando canta en el Oficio de esta fiesta: «Levantada ha sido la Santa Madre de Dios sobre los coros de los ángeles á los reinos celestiales.» Y apóyala el Doctor Angélico diciendo: «Era justo que fuese colocada sobre todos los órdenes de los ciudadanos celestiales Aquella que tuvo el mérito de todos, y aun mayor que todos.»⁴ No puedo menos de repetir aquí con la Iglesia católica: *Maria optimam partem elegit*: pues, si María Magdalena, discurre el sabio Cardenal Cusano, sólo con oír las palabras de Cristo, sentada á los pies del Maestro, eligió la mejor parte, ¡con cuánta más razón María, Madre de Jesús, elevada sobre todos los cielos, no llegaría á elegir y poseer la porción más excelente de la gloria, siendo ella la elegida para Madre del Verbo, de la luz y la verdad! ¡Oh! ¡cuánto más á fondo que todos los espíritus videntes ve ella aquel Uno invisible, y con qué dulzura bebe y se embriaga

¹ I Cor. 15, 41.

² Cant. 6, 9.

³ *Cartagena*, De assumptione B. M. V. hom. 9.

⁴ Lib. de solemnit. Sanctor., apud *Cartagena*.

con aquella fuente de vida y suavidad!¹ De donde fácil es concluir, amados fieles, cuánto más grandes y excelentes que en todos los santos, son en María el poder y la bondad, lo mismo que todas las otras dotes de que están adornados los venturosos cortesanos del cielo, que, viendo á Dios en sí, poseyéndole y gozando del Bien Sumo, no pueden menos de poseer, por necesaria consecuencia, todos los bienes inferiores á Dios.

5. ¿Qué digo los bienes inferiores á Dios? Los bienes mismos de Dios, sus divinos atributos posee en cierto modo el bienaventurado. «La bienaventuranza, dice un sesudo escritor, es una total posesión de Dios, y usufructo, digámoslo así, de todos sus atributos divinos y perfecciones infinitas, por lo cual nos hacemos como el mismo Dios, haciéndonos en esto singularmente semejantes á él, en cuanto gozaremos de las perfecciones, grandeza, sabiduría, bondad, justicia, caridad y naturaleza suya incomparable é infinita, como el mismo Dios goza de estos bienes, con lo cual nos dan ser dioses, que así llaman los santos y la Escritura á los bienaventurados.»² No consiste la visión beatífica solamente en conocer á Dios y su esencia y sus divinas perfecciones con una vista clara y superior á toda la penetración de los sabios y á la contemplación sublime de los santos; sino, además de eso, en poseerle y hacerle como propiedad suya el bienaventurado, y en esa posesión plena é inamisible deleitarse y gozarse sin medida. Esto significan aquellas palabras de la Escritura: *Embriagaránse en la abundancia de los bienes de tu*

¹ Apud *Cartagena* l. c. hom. 9.

² *Nierenberg*, Aprecio y estima de la div. gracia lib. I, c. 10.

*casa*¹. Así se verificará lo que dice San Juan: *Seremos semejantes á Él, porque le veremos tal como es*². Ya por la gracia santificante adquiere el hombre acá en la tierra cierta semejanza con Dios, pues por ella somos hechos, dice San Pedro, participantes de la divina naturaleza. ¡Oh! y ¿quién no admira en los justos ese *algo divino* que resplandece en su mismo semblante, en su porte exterior, en sus obras maravillosas? ¿quién no advierte en su conducta aquel *sello de la semejanza* que quería la Esposa llevar sobre su corazón y su brazo?³ Pues bien, amados fieles, esa magnífica semejanza adquiere su completo desarrollo y su última perfección en el cielo donde para siempre jamás *será Dios todo en todos*, según la sublime expresión del Apóstol⁴. Sin entrar á escudriñar el misterio inefable de esa semejanza producida por la visión intuitiva de Dios, nos bastará saber que llegará al grado de hacernos resplandecer con el brillo de las perfecciones de Dios, así como el hierro en la fragua, según la conocida comparación de San Anselmo⁵, de tal modo se penetra del fuego que no parece sino fuego; ó bien, sirviéndonos de otro símil adecuado, como la gota de agua que, mezclada con una enorme cantidad de vino, por tomar el color y el gusto del vino, se confunde con él, así los justos se transformarán en Dios hasta perderse en Él en cierto modo, bien que quedando íntegra su personalidad, siempre distinta de la personalidad divina⁶. ¿Quién, pues, entre todos los bienaventurados

¹ Ps. 35, 9.² 1 Io. 3, 2.³ Cant. 8, 6.⁴ 1 Cor. 15, 28.⁵ De similitud. c. 56, apud *d'Hauterive*.⁶ *Drexel* l. c. cap. 16.

más semejante á Dios que María, la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres; María en quien se agota, por decirlo así, la bienaventuranza posible á una pura criatura? ¿Quién no se figura ver, como el Apóstol de Patmos, en las alturas del cielo á la Mujer revestida toda del sol de la Divinidad, eclipsando con la luz de su rostro el centellante chispear de las estrellas?¹

6. ¿Cuáles son, empero, los principales lineamentos y rasgos de esa semejanza con Dios? No pueden ser otros que los rayos de la esencia divina reflejados en el rostro del bienaventurado. La expresión *facie ad faciem* nos permite considerar aquellos atributos á manera de ráfagas, que lanza en torno de sí el Ser por excelencia, el Ser infinitamente grande y, como tal, infinitamente poderoso y comunicativo; es decir, los atributos de poder y bondad por donde se deja conocer y adorar de sus criaturas. En efecto, todas cuantas ideas ó parciales conceptos formamos de Dios, así por la luz de la razón como por la de la revelación, ya lo consideremos en sí mismo, ya en relación con las criaturas actuales ó posibles, fácilmente se reducen á las ideas de grandeza y bondad. «¿Quién como Dios?» exclama con su solo nombre el Príncipe de la milicia celestial, para dar á entender, como dice San Gregorio Magno, que ninguno puede hacer lo que hace Dios con solo su querer. ¿Quién es grande como nuestro Dios?² Grande es y no tiene límites; excelso é inmenso³. Grande es el Dios nuestro, y grande es su poder⁴. No parece que ocupara otra idea que la de este inmenso poderío la

¹ Apoc. 12, 1.² Ps. 76, 14.³ Bar. 3, 25.⁴ Ps. 146, 5.